

Homero y Dictis Cretense en una novela sobre Troya de Fernando Díaz-Plaja

Vicente CRISTÓBAL
Universidad Complutense

RESUMEN

Un corresponsal en la guerra de Troya (1975) es una novela de Fernando Díaz Plaja, que basa su argumento –como el título indica– en la saga troyana. Depende en buena parte de Homero, pero también de la obra latina de Dictis (*Ephemeris belli Troiani*), cuyo racionalismo y pugna con Homero comparte y en cuyo prólogo se inspira.

SUMMARY

Un corresponsal en la guerra de Troya (1975) is a mythological novel by Fernando Díaz Plaja about the Trojan war. It depends on Homer, but also on Diktys (*Ephemeris belli Troiani*). This novel shares with Diktys its rationalism and opposition to Homer. It finds besides inspiration in the Diktys' prologue.

Fernando Díaz-Plaja, catalán y nacido en 1918, fue autor de un libro que tuvo clamoroso éxito en la España de los años sesenta: *El español y los siete pecados capitales*. Historiador y profesor universitario, muestra también unas considerables dotes como divulgador. Su conocimiento y gusto por los temas clásicos los dejó bien reflejados en una *Mitología para mayores*¹, obra publicada en 1978 y destinada al público medio, en la que los mitos clásicos se abordan desde una perspectiva irónica y desenfadada, muy propia de la

¹ Barcelona: Plaza y Janés 1978.

contemporaneidad y que mucho recuerda al Indro Montanelli de, por ejemplo, la *Historia de Roma*. Pero tres años antes, en 1975, había ya sacado a la luz un libro divertidísimo sobre la leyenda troyana titulado *Un corresponsal en la guerra de Troya*², que, en cuanto a su género –creo yo– no habría inconveniente alguno en clasificar dentro de la novela histórica, tan de moda en las últimas décadas y precisamente en su variedad de tema clásico. Tanto su *Mitología para mayores* como esta última obra merecerían, por cierto, una renovada lectura y difusión.

Un corresponsal en la guerra de Troya será el objeto de nuestra atención en las páginas siguientes.

La novela ha sido escrita como al margen de las fuentes antiguas sobre la susodicha leyenda, y especialmente de la *Ilíada*, y parece que el objetivo de la obra esté declarado en estas palabras del prólogo:

...que el lector de hoy juzgue con mentalidad moderna la que fue guerra impresionante de la Historia antigua.

El autor no se hurta a su contexto histórico y la perspectiva adoptada es claramente desmitificadora e iconoclasta³, por más que en ese enfrentamiento con el mito se haga visible también, en definitiva, la aceptación del legado antiguo y la veneración sentida hacia él.

El argumento mítico queda modificado por la adopción de un punto de vista diferente que el de la fuente-base, que es, como decíamos, la *Ilíada*. Todos los sucesos están contados por un corresponsal tartesio mandado al teatro de hostilidades como enviado especial con el fin de recoger información sobre tan importante evento para su periódico, *La voz de Tartessos*. Ése es el primero y uno de los más estruendosos anacronismos de entre los múltiples que iremos encontrando en el curso de la obra y que le dan un tono de franco desenfado. Se articula el conjunto de la narración en veinte crónicas que supuestamente el dicho corresponsal ha ido enviando a su periódico. Por cierto que para cumplir su misión –se nos informa (pp. 8-9)– contaba con un servicio de trirremes, dispuestas a hacer llegar las noticias en muy pocos días desde el campo de operaciones hasta el periódico destinatario. Sobre la personalidad del fingido autor se dice lo siguiente en la nota de la redacción que precede a la primera crónica (p. 8):

² Barcelona: Plaza y Janés 1978.

³ Sobre el mito clásico en la literatura contemporánea, v. J. S. Lasso de la Vega, «El mito clásico en la literatura contemporánea», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1964, pp. 405-466 (recogido como primer capítulo en su libro *Helenismo y Literatura contemporánea*, Madrid 1967). También, aunque menos concreto en lo que a lo español se refiere, v. L. Díez del Corral, *La funcionalidad del mito clásico en la literatura contemporánea*, Madrid 1974. Cf. asimismo nuestro estudio «La literatura clásica desde nuestra cultura contemporánea», en *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Madrid 1991, pp. 225-239.

uno de nuestros mejores redactores, el jefe de la sección de política internacional, que con ese cálamo de fácil rasgo y a la par depurada información que tan bien conocen sus lectores, se encargará de comunicarnos las vicisitudes de la guerra.

Y el contenido de las crónicas no será otro sino los sucesos conocidos por la *Iliada* y demás fuentes antiguas, pero oportunamente abreviados o ampliados según los casos. Dicha ocasional ampliación se lleva a cabo con comentarios, glosas e interpretaciones del texto homérico desde una óptica muy contemporánea. Y ése es, sin duda, el más llamativo anacronismo del texto, el que anula toda la posible verosimilitud del relato: el corresponsal, que es contemporáneo de la guerra de Troya, habla, sin embargo, con una mentalidad del siglo XX; el autor real no se ha enajenado para ceder la voz a un autor ficticio, sino que se ha confundido con él de una forma incongruente. Esto nos manifiesta una vez más la falta de serias pretensiones en la obra. Los leves intentos del autor para justificar esa discrepancia interna son voluntariamente inútiles: así, bromea desde el prólogo acerca de la posibilidad de que todo sea una falsificación, aunque él la remite a la Edad Media; y dice finalmente: «he empleado el castellano que usaría, probablemente, un periodista español de hoy en esos casos», aunque es obvio que en esta novela no es únicamente el lenguaje lo que es anacrónico. Ésa constatación nos impide considerarla como una novela histórica conducida con seriedad, esto es, con auténtico propósito de recrear una época en todas sus circunstancias, pero, en cambio, eso mismo nos invita a valorar estas páginas como un eficaz divertimento novelesco sobre la tradición clásica. Y sin duda, en la intención del autor, la ironía lo ha de justificar todo, y la propia incoherencia cronológica es un recurso estilístico más, y acaso el principal, para conseguir su objetivo literario, la desmitificación.

A tenor de lo que llevamos dicho, *Un corresponsal en la guerra de Troya* puede ser definida —utilizando la moderna terminología intertextual— como un hipertexto y, sobre todo y a la vez, metatexto de la *Iliada*, una recreación e interpretación actualizada de la epopeya homérica.

El carácter metatextual de la obra, esto es, su entidad como comentario y glosa de un texto previo, se plasma en los continuos juicios del periodista sobre aquello que ve, y que adoptan la forma de equivalencias racionalistas al modo ya viejo de Paléfato y Evémero, de hipótesis sobre qué es lo que verdaderamente ocurrió en determinados casos ambiguos o de comentarios irónicos y jocosos sobre algunas actuaciones.

El corresponsal, por ejemplo, no comprende por qué aquella gente se empeña en explicar casi todo como resultado de agentes sobrenaturales; se extraña sobremanera ante la desmedida credulidad de griegos y troyanos; y frente a la versión común de los hechos —que es usualmente la homérica— él se empeña en ofrecernos otra más realista y creíble, sin milagros ni dioses que se

interpongan. Así, por ejemplo, se recordará que en *Il.* I 193-218, es Atenea, bajada del cielo e invisible para todos menos para Aquiles, quien disuade al Pelida de su intención de sacar la espada y arremeter con ella contra Agamenón; sin embargo, en el texto de Díaz-Plaja tal disuasión la consigue Néstor con su elocuencia (p. 22). Se recordará también que en *Il.* III 380-382, en el enfrentamiento de Paris y Menelao, el primero, cuando ya se encontraba en inferioridad de condiciones frente al adversario, es salvado gracias al socorro de Afrodita que lo saca del combate envuelto en una nube; pero en la novela española la actuación divina se elimina y todo se reduce a un hecho normal (pp. 29-30):

cuando el polvo que habían levantado en la feroz lucha y, sobre todo, en el arrastre de Paris, se desvaneció, éste también había desaparecido [...]

Tengo que hacer aquí un inciso. Dada la extrema religiosidad de estos pueblos, que tienen por costumbre explicar todos sus éxitos y todos sus fracasos por las intervenciones de los dioses, apenas ido Paris se empezó a oír el comentario en las filas aqueas; la diosa Venus, su amiga y protectora, se lo había llevado en una nube para salvarle del mortal peligro.

Mi impresión personal, y sin ningún deseo de mostrarme irreverente, es que Paris no necesitó de ninguna ayuda divina para escapar de la lanza de Menelao. Le bastaron sus rápidas piernas y el vehemente deseo de poner un gran espacio entre él y la amenazadora lanza que tenía enfrente.

A propósito de Aquiles no se dice en parte alguna que fuera hijo de una nereida. En lo referente al escudo del mismo héroe, fabricado por Hefesto según el texto homérico (*Il.* XVIII), aquí se dictamina de este modo:

Mas para ello necesita nuevas armas, ya que las suyas se las quitó Héctor a Patroclo. Mientras se las confeccionan –según estos crédulos se las forja nada menos que Vulcano, pero yo imagino que se las estará haciendo cualquiera de los hábiles herreros que siguen al ejército– [...]

A propósito del linaje divino de Eneas, que el héroe deja claro ante Aquiles en *Il.* XX 208-209, el autor de las crónicas comenta (con ese manifiesto anacronismo inicial en la medición del tiempo):

Eneas se ha pasado otros diez minutos explicando a Aquiles quién era y de dónde provenía, con largas y ampulosas descripciones de sus linajes. Todos los combatientes presumen de tener algún parentesco con los dioses. Dada su condición humana, está claro que se trata de un parentesco por la mano izquierda: por ejemplo, un dios que se paseaba por el prado y encontró de su agrado a una pastora que resulta ser la abuela del héroe de hoy; son cosas que en otros pueblos ocurren pero no se cuentan. Éstos, en cambio, la gozan explicando liviandades de sus antecesoras.

En cuanto a la actuación de Posidón a favor de Eneas salvándole del acoso de Aquiles por medio milagroso (*Il.* XX 318-325), de nuevo el corresponsal se manifiesta:

Han sido Apolo o Venus, los dioses troyanófilos, susurraron algunos a mi alrededor. Ha sido el pánico –pensé yo–.

Y así en un sinnúmero de veces se hace traducción de hechos maravillosos a hechos triviales y completamente naturales.

Aparte de esta hermenéutica racionalista del mito, el texto hispano está jalonado –decíamos– de juicios de valor emitidos desde un punto de vista contemporáneo y conformando, por tanto, al ser puestos bajo la autoría del corresponsal tartesio, evidentes anacronismos. Uno de ellos es, por ejemplo, el siguiente chiste sobre los cuernos de Menelao (p. 28), que no tendría cabida en la mentalidad antigua –que yo sepa–, donde no tiene vigencia la equivalencia metafórica entre «cornudo» y «marido cuya mujer le es infiel»⁴:

Su primera lanzada tenía la fuerza de una cornada de toro bravo, si el lector me permite el pequeño chiste,

o esta otra ironía, tampoco inteligible del todo en los tiempos de la guerra troyana (p. 40):

Calderas, trípodes, caballos y siete mujeres procedentes de la isla de Lesbos –aunque, si es cierto lo que dicen de ellas, el regalo parece un sarcasmo– [...]

Pero sobre todo es de destacar como fruto de una mentalidad actual la explicación puramente económica que se da al origen de la guerra de Troya: el rapto de Helena era un simple pretexto; la auténtica razón de dicha guerra es que los griegos querían ampliar sus mercados y controlar una comarca rica y estratégicamente bien situada. Así se lo dice Ulises al corresponsal (pp. 16-17):

–El mundo, mi joven amigo, se rige por las leyes de la economía. Los pueblos griegos no caben ya en sus fronteras. Necesitamos situar nuestras excedencias humanas y hallar nuevos mercados para nuestros productos. Troya, en sí, tiene poca importancia. Pero Troya es la puerta de Asia Menor. Cuando tomemos Troya, será nuestro el inmenso espacio que se extiende tras ella y nacerá el imperio de la Hélade, que no tiene que ser forzosamente militar. Bastará que nos dejen situar nuestras factorías en la

⁴ Por el contrario, «salirle a uno cuernos» es metáfora de «adquirir atrevimiento», «cobrar bríos» (cf. Horacio *Carm.* III 21, 18: *addis cornua pauperi*, siendo el sujeto de *addis* la *pia testa*, la «piadosa jarra» de vino).

costa, que nos permitan el uso de los puertos necesarios. Así, nuestro aceite, nuestra naranja, nuestro vino, llegarán a todos los confines... y nuestro pueblo se enriquecerá.

Y se insiste en dicha explicación, sin duda obtenida de modernas interpretaciones historicistas, en la crónica decimoquinta (p. 81).

Pero aparte de esta remodelación de los datos antiguos, aparte de estas inyecciones de contemporaneidad, está también patente su seguimiento de Homero. Algunas páginas son sin más una abreviación del texto de la *Ilíada*, como cuando se retransmite la sesión de la asamblea de los caudillos en la que, una vez iniciada la peste, se discute sobre la devolución de Criseida (*Il.* I 57-305: pp. 20-21 de la novela), o como cuando se cuenta la reacción de Aquiles ante la muerte de Patroclo (*Il.* XVIII 22-31: p. 62), o al exponer cómo Agamenón se reconcilia con Aquiles (*Il.* XIX: p. 65).

A veces la presencia homérica en el texto es incluso estilística, pero el corresponsal se corrige entonces a sí mismo porque no quiere reproducir la manera de escribir de los rapsodas, y dice (p. 56):

Cuando las llamas se elevaban ya de las cóncavas naves –perdón, se me está contagiando ya el estilo de ese rapsoda que por aquí circula–, quiero decir, cuando las teas troyanas habían prendido ya en alguno de los barcos [...]

El rapsoda al que se refiere el corresponsal es el propio Homero, a quien Díaz-Plaja hace intervenir en su relato como un personaje más. Homero, sí, estaba allí, como observador y rapsoda de lo que ocurría, tomando notas, se entiende, para componer su epopeya. Y el corresponsal habla de él con extrañeza y sarcasmo, haciéndonos descripción de su persona y burlándose de su credulidad (pp. 32-33):

Procuré distraerme hablando con mis compañeros de mesa. Uno llamó mi atención por la forma meditativa en que bajaba la cabeza. Me di cuenta luego de que veía muy poco porque acercaba la comida a los ojos antes de llevarla a la boca. Me dijo que era de Esmirna.

Hablamos, naturalmente, de la guerra. Según él, todo era causado por los dioses. Hablaba de la familia divina como de unos amigos suyos en cuya casa entrara cuando quisiera. Y a juzgar por esas explicaciones, realmente parecía la casa de un vecino cualquiera. ¡Con qué confianza los describía!

y burlándose además de su estilo (pp. 36-37):

Me han dicho que se trata de un poeta –podía imaginármelo– que escribe crónicas rimadas de la guerra. Me han mostrado, incluso, algunas

copias que circulan con profusión por el campamento. Para que el lector se dé cuenta de su estilo he copiado algunos párrafos. [...]
En fin, veinte frases líricas para explicar que las vanguardias de los dos ejércitos se aprestaban a entrar en combate... ¡Esos poetas! Me gustaría saber cuánto tiempo puede durar en la Historia una descripción tan artificiosa como falsa.

He preguntado el nombre del autor. Se llama algo así como Homar u Homir.

Además el tartesio tiene con el poeta jugosas conversaciones donde se ponen convenientemente de relieve los distintos puntos de vista (p. ej. pp. 75-77).

Mucho más se podría decir acerca de cómo la narración contemporánea interpreta y modifica la fuente homérica, cómo el autor actual, valiéndose de la máscara del corresponsal tartesio, dialoga con Homero acerca de las posibilidades del mito. Pero creo que lo esencial discurre por los derroteros que hemos marcado.

A partir de la crónica decimoséptima y hasta la vigésima, la fuente no es ya la *Ilíada*. Lo que se cuenta en este final de la novela es el final de la guerra de Troya. Todos los sucesos posthoméricos: llegada de las Amazonas y muerte de Pentésilea, su reina (crónica 17.^a), llegada de Memnón y sus tropas (crónica 18.^a), muerte de Aquiles (crónica 19.^a) y conquista de Troya mediante la estratagema del caballo de madera (crónica 20.^a), no están narrados en seguimiento de las fuentes literarias antiguas que los explicaban con mayor detenimiento (por ejemplo, para lo concerniente a la toma de la ciudad, el libro II de la *Eneida*), sino más bien haciendo síntesis de los hechos en seguimiento, probablemente, de algún manual de mitología.

Una precisión quisiera hacer sobre esta parte última, y es que, al desvincularse de una fuente-base, el novelista tiene más oportunidad de ir a su aire y de ser original. Y a veces esta originalidad lo lleva a una narrativa de más altura. Por ejemplo, son magníficos, y muy creíbles, los párrafos dedicados a contar la muerte de Pentésilea y el consiguiente enamoramiento en el que cae Aquiles de la reina muerta por él (pp. 99-100).

Hemos hablado de cierto detenimiento del homerismo de esta obra. El libro de Pallí Bonet, *Homero en España*, publicado en 1953⁵, es anterior en más de veinte años a la novela de Díaz-Plaja; de manera que estas observaciones podrían ampliar cronológicamente el panorama de influjos homéricos en nuestra literatura hispana, allí detallados.

Pero además Díaz-Plaja —me parece evidente— ha tenido en cuenta otra obra antigua sobre Troya, mucho menos conocida actualmente que la *Ilíada*, y con mucha justicia, pero que en épocas anteriores y señaladamente en la

⁵ Barcelona: Universidad de Barcelona 1953.

Edad Media gozó de un prestigio muy superior al de Homero⁶, al que, por otra parte, sólo se conocía entonces, como se sabe, por referencias indirectas y por un escueto resumen latino (la llamada *Ilias latina*). Me refiero a la *Ephemeris belli Troiani* atribuida a Dictis de Creta, quien originalmente la escribió en griego, y conservada en versión latina seguramente del siglo IV d. C.⁷ Es ésta una obra –como su complementaria, la obra de Dares de Frigia (cuya versión latina conservada ha de fecharse a fines del V o principios del VI d. C.)– de carácter marcadamente antihomérico, cuyo seguro original griego (se han descubierto dos fragmentos papiráceos de él⁸) debe fecharse a fines del siglo I d. C. o en el II, en el contexto cultural de la llamada «segunda sofística». La obra de Dictis, como la de Dares, aparte de contar los hechos legendarios con ostensible afán de oponerse al padre de la poesía, siguiendo versiones opuestas a las suyas, se distancia además de los testimonios poéticos antiguos sobre la guerra de Troya por su marcado racionalismo y evemerismo.

Todos los cuales rasgos son vínculos, desde luego, entre estas crónicas vetustas y la contemporánea novela de Díaz-Plaja, vínculos que se ven aumentados porque también dichas crónicas dicen haber sido escritas por testigos presenciales de los acontecimientos, habiendo sido precisamente Dictis un supuesto cronista encargado expresamente (como el corresponsal de la novela) de confiar a la memoria de la posteridad los sucesos de la guerra.

Pero donde más evidente se hace la deuda con Dictis (al que Díaz-Plaja pudo acaso leer, bien en la edición latina de Eisenhut⁹, de 1958, con 2.^a ed. en 1973, o en la traducción inglesa de R. M. Frazer¹⁰) es en el prólogo, que cuenta cómo se llevó a cabo el hallazgo de las crónicas del corresponsal tartesio:

⁶ Sobre dicho prestigio e influencia v. G. Highet, *La tradición clásica*, trad. castellana de A. Alatorre, Méjico, F.C.E., 1978 (=1954= Oxford 1949), I, pp. 85 ss. Cf. muy especialmente la obra de A. Rey-A. García Solalinde, *Ensayo de una bibliografía de las leyendas troyanas en la literatura española*, Bloomington 1942. Entre las obras de nuestra literatura española en las que resultó fructífera la obra de Dictis y, más aún, la de Dares, hay que destacar la *General Estoria* de Alfonso X, sobre lo cual v. F. Rubio, «La 'Historia de Troya' de Alfonso el Sabio», *La ciudad de Dios* 174 (1961), 357-380.

⁷ Véase ahora sobre dicha obra el libro monográfico de S. Merkle, *Die Ephemeris belli Troiani des Diktyos von Kreta*, Frankfurt am Main 1989. Sobre los problemas de datación (se barajan dos hipótesis, una que sostiene el siglo II/III d. C. y otra que sostiene el IV d. C.), v. pp. 263-283.

⁸ Uno publicado en *The Tebtunis Papyri*, Londres-Oxford-N. York 1907, y el otro en *The Oxyrrhynchos Papyri*, Part. XXXI, Londres 1966. El texto del primero se recoge en la edición latina de Dictis de Eisenhut, a la que a continuación nos referiremos, pp. 134-139.

⁹ *Dictys Cretensis*, ed. W. Eisenhut, Leipzig 1973 (=1958). Ruiz de Elvira en su trabajo titulado «*Dictyis genitivo*», que aparecerá en su *Silva de temas clásicos y humanísticos* subraya oportunamente la paradoja de que el genitivo *Dictyis*, que figuraba correctamente en el título (*Dictyis Cretensis Ephemeridos belli Troiani libri...*) y en numerosos pasajes del prólogo de la primera edición de Eisenhut, ha sido cambiado, sin explicación de ninguna clase, por el que parece incorrecto *Dictys*.

¹⁰ *The Trojan War. The Chronicles of Dictys of Crete and Dares the Phrygian*, by R. M. Frazer, Bloomington-Londres 1966.

En 1961, cuando el mundo erudito hablaba todavía del descubrimiento de los «Rollos» del mar Muerto, **un pastor de Creta**, buscando una cabra que se le había extraviado, encontró en una cueva unas monedas de oro del tiempo romano. **En la sospecha de que podía haber más dinero enterrado** avisó a un compañero, y ambos trabajaron durante varias noches a la luz de las antorchas mientras hacían de día la vida normal con sus rebaños, para evitar el compartir con nadie lo que pensaban les enriquecería. Pero su desilusión fue grande cuando, al romper un jarrón que hallaron enterrado en el fondo de la cueva, **en lugar de monedas encontraron unos pergaminos**. Uno de los pastores propuso quemarlos; el otro se opuso diciendo que siempre habría algún turista loco que les diera algo por ello. Efectivamente, cuando empezó la temporada de verano del mismo año, un inglés llamado John Baldwin aceptó comprarlos. Los pastores obtuvieron, tras mucho regateo, la cantidad de diez dólares, ya que se negaron a aceptar libras esterlinas [...]

El prólogo de Díaz-Plaja, que continúa contando con pormenor los avatares del texto hasta llegar a sus manos, sigue, por tanto, el manido tópico del manuscrito encontrado casualmente y que es vehículo de una información preciosa sobre sucesos arcanos. De ese tópico García Gual¹¹ ofrece algunos buenos ejemplos, pero sin duda una de las más conspicuas realizaciones del mismo es la que hallamos en el prólogo (y antes en la epístola inicial) de Dictis, con el que además el texto del autor contemporáneo mantiene una cuantiosa identidad de detalles. Por lo pronto son también pastores cretenses –y ya es mucha casualidad ésta como para no mediar entre ambos textos la dependencia– los autores del encuentro:

Dictys, Cretensis genere, Gnoso civitate, isdem temporibus, quibus et Atridae, fuit, peritus vocis ac litterarum Phoenicum, quae a Cadmo in Achaiam fuerant delatae. Hic fuit socius Idomenei, Deucalionis filii, et Merionis ex Molo, qui duces cum exercitu contra Ilium venerant, a quibus ordinatus est ut annales belli Troiani conscriberet. Igitur de toto bello novem volumina in tiliis digessit Phoeniceis litteris. Quae iam reversus senior in Cretam praecepit moriens ut secum sepelirentur. Itaque, ut ille iusserat, memoratas tilias in stagna arcula repositas eius tumulo condiderunt. Verum secutis temporibus, tertio decimo anno Neronis imperii, **in Gnoso civitate terrae motus facti cum multa, tum etiam sepulchrum Dictys ita patefecerunt ut a transeuntibus arcula viseretur. Pastores itaque praetereuntes cum hanc vidissent, thesaurum rati sepulchro abstulerunt.** Et aperta ea **invenerunt tilias incognitis sibi litteris conscriptas** continuoque ad suum dominum, Eupraxidem quendam nomine, pertulerunt. Qui agnitas quaeenam essent litteras Rutilio Rufo, illius insulae tunc consulari, obtulit. Ille cum ipso Eupraxide ad

¹¹ *Los orígenes de la novela*, Madrid 1988 (2ª. ed.), p. 142.

Neronem oblata sibi transmisit existimans quaedam in his secretiora contineri. Haec igitur cum Nero accepisset advertissetque Punicas esse litteras, harum peritos ad se vocavit. Qui cum venissent, interpretati sunt omnia. Cumque Nero cognosset antiqui viri, qui apud Ilium fuerat, haec esse monumenta, iussit in Graecum sermonem ista transferri, e quibus Troiani belli verior textus cunctis innotuit. Tunc Eupraxidem muneribus et Romana civitate donatum ad propria remisit. Annales vero nomine Dictys inscriptos in Graecam bibliothecam recepit, quorum seriem, qui sequitur, textus ostendit¹².

Y además esa complicada serie de manipuladores del texto original es en ambos casos paralela. En Dictis, como puede verse, el texto –que estaba en griego pero con caracteres fenicios– encontrado por los pastores cretenses es llevado a Eupraxis, quien se lo mostró a Rutilio Rufo y éste a Nerón; Nerón se lo confió a unos expertos que lo estudiaron y descifraron el contenido; y posteriormente ese texto griego de Dictis, ya transcrito a caracteres griegos, lo traduce al latín un tal Lucio Septimio. En Díaz-Plaja la cadena de transmisores no carece de igual complicación y multiplicidad de eslabones: el texto –latino pero con evidencias de ser traducción del griego– lo encuentran unos pastores cretenses, que se lo venden a un turista inglés llamado John Baldwin; éste se

¹² Ofrecemos del texto la siguiente traducción (que aparecerá próximamente en la ed. Gredos):

Dictis, cretense por su linaje, natural de la ciudad de Cnos, fue contemporáneo de los Atridas, conocedor de la lengua y escritura fenicia, que había introducido Cadmo en Acaya. Fue compañero de Idomeneo, el hijo de Deucalión, y de Meriones el de Molo, que habían ido como caudillos con su ejército contra Ilio. De ellos recibió el orden de escribir los anales de la guerra de Troya. Así pues, acerca de la guerra en su totalidad, dispuso nueve volúmenes, escribiéndolos sobre membranas de corteza de tilo en caracteres fenicios, los cuales, vuelto a Creta cuando ya era anciano, ordenó en el momento de su muerte que fueran enterrados con él. De manera que, según había mandado, enterraron en su tumba las mencionadas membranas de corteza de tilo y las pusieron en una arqueta de estaño. Pero en tiempos posteriores, en el año décimo tercero del imperio de Nerón, a resultas de un terremoto que se produjo en la ciudad de Cnos, se abrieron muchos sepulcros y entre ellos también el de Dictis, de forma que la arqueta quedó a la vista de los que pasaban por allí. De este modo unos pastores que iban de camino, pensaron al verla que se trataba de un tesoro y se la llevaron del sepulcro; y, cuando la abrieron, encontraron las membranas de corteza de tilo escritas en un alfabeto para ellos desconocido, e inmediatamente se las llevaron a su amo, un individuo llamado Eupraxis, quien, percatándose de su naturaleza, presentó el escrito a Rutilio Rufo, varón consular a la sazón de aquella isla. Aquél, junto con el mismo Eupraxis, envió a Nerón los textos que a él le habían sido enviados, sospechando que en ellos se contenían ciertos mensajes de gran misterio. Así pues, habiéndolos Nerón recibido y observado que estaban escritos en alfabeto fenicio, mandó llamar a unos expertos en aquellas letras, que se reunieron y lo aclararon todo. Y cuando Nerón se enteró de que aquellas eran las memorias de un hombre de antaño, que había estado en Ilio, mandó que se tradujeran a lengua griega, y por ellas tuvieron todos conocimiento de un texto más de acuerdo con la verdad sobre la guerra de Troya. Entonces dejó que Eupraxis volviera a su tierra, tras haberlo recompensado con regalos y con el don de la ciudadanía romana. Y guardó en la biblioteca griega los anales en los que se hacía constar el nombre verdadero de su autor, Dictis, cuya secuencia expone el texto que sigue a continuación.

lo da a examinar al profesor de la Universidad de Leeds Artur G. Rank, quien, amparado en la autoridad de la institución universitaria y con la colaboración de otros profesores más, lo estudia y desentraña el contenido del pergamino, escribiendo como resultado de su investigación un artículo sobre el tema, artículo en el que se presenta el texto latino original, una traducción inglesa del mismo y un comentario en el que se exponen muchas dudas acerca de la autenticidad del testimonio; no es la traducción inglesa la seguida por el autor español, a saber, el propio Díaz-Plaja, sino el original texto latino, tal y como lo asegura el novelista en una nota final a su prólogo (naturalmente, como parte de la ficción), quien además dice compartir con los editores las dudas sobre la autenticidad. Obsérvese cómo en ambos casos, desde los pastores hasta el traductor final, hay igualmente intervención de la autoridad y mediación de los expertos en el tema. Y aún otros mínimos detalles (p. ej. *thesaurum rati sepulchro abstulerunt*, en Dictis: «en la sospecha de que podía haber más dinero enterrado», en Díaz-Plaja) podrían señalarse como garantes del paralelismo.

En fin, de todo este común embrollo novelesco lo que apenas ofrece lugar a dudas, como decíamos, es la relación de dependencia entre ambos textos. Y ello no deja de ser destacable, pues, como decíamos antes, la crónica de Dictis y la de Dares, a partir del mayor y mejor conocimiento de Homero en Occidente que comienza a tenerse en el Renacimiento, ceden ante el prestigio sin competencia de éste en cuanto que autoridad sobre la guerra de Troya. Curiosamente la desmitificación racionalista y evemerista propia del Medievo, tendente a la visión histórica de los mitos, viene a darse la mano así con la desmitificación contemporánea, bien de sesgo iconoclasta, bien de sesgo también historicista. En cualquier caso, pocas dudas albergo de que la recepción de Dictis por Díaz-Plaja sea un *hapax* en el marco de nuestra literatura contemporánea. Y precisamente por ello más digno de ser puesto de relieve.

Y con ello acabamos nuestros comentarios sobre tan curiosa obrita no sin antes recoger cabos de todo lo dicho e insistir finalmente sobre la fecunda presencia en el libro contemporáneo de dos autores antiguos, Homero y Dictis (o mejor habría que decir: el presunto traductor latino –sea o no el Lucio Septimio de la epístola inicial– de la crónica griega del presunto Dictis), autores ambos que, situados en los límites de la Antigüedad clásica, uno por arriba y otro por abajo, cada uno a su manera y en su respectivo género literario, contaron los avatares de la gran contienda. Tradición helénica, tradición latina, tradición clásica. Y actualidad todavía, en la segunda mitad de este nuestro siglo veinte, de aquellas viejas palabras.